

Viejos Cuentos de Navidad

Historias y tradiciones
de finales del Siglo XX y
principios del XXI

Recopilador:
Luis Ángel Fernández Hermana

Índice:

2018

Nota del recopilador

Página 5

1996

24/12/1996

Cuento de Navidad (por-venir)

Página 9

1997

23/12/97

Solidaridad Obligatoria

Página 17

1998

22/12/98

Más solos y más juntos que nunca

Página 25

1999

21/12/99

Cuerpo invadido

Página 33

2000

26/12/2000

Papá Noel era ateo

Página 39

2001

25/12/2001

Las cazuelas

Página 47

2002

24/12/2002

La máquina de la civilización

Página 53

2003

23/12/2003

Luces de Navidad

Página 59

2018

24/12/2018

Adenda

Página 67

Nota del recopilador

Durante la segunda década del siglo XXI, un grupo de amigos nos hemos reunido con admirable irregularidad para regodearnos con historias de ciencia-ficción, ya sea inoculadas por relatos escritos, o arrojadas al cerebro a paladas de audiovisual. Literatura, cine, pintura, manifestaciones artísticas de diversos colores y soportes, nada nos era indiferente, aunque no siempre lo entendiéramos. No éramos aficionados al género, ni intercambiadores de cromos. Desde diferentes perspectivas y senderos culturales, considerábamos que la ciencia-ficción nos entregaba claves significativas del mundo en el que habíamos vivido, en el que vivíamos, o en el que viviríamos o no viviríamos nunca, ni hacia adelante, ni hacia atrás.

En esas estábamos, entregados al noble ejercicio de despotricar y alabar, de defender a sablazo limpio nuestras historias, conocimientos y experiencias personales con una entrega rayana en límites profesionales, cuando alguien mencionó esos cuentos de Navidad que habían circulado a finales del siglo XX y comienzos del XXI. Nadie sabía de donde habían salido, ni quienes eran los autores. Lo curioso era que quienes los habían leído, no tenían claro dónde, en qué. Cuando preguntabas, las respuestas apuntaban a los típicos ingredientes de leyendas que ni siquiera se sabía si estaban escritas, o si fluían en soportes tan leves como el aire que respiramos.

Hasta que, de la manera más extraña, me cayó uno en las manos. Me lo dio la hija de 7 años de un amigo. Estábamos en la semana de Navidad y me

pidió que se lo leyera antes de irse a dormir. Ella ya lo conocía, se titulaba **Cuento de Navidad (Porvenir)**. Se (me) lo leí. Lo terminé y le pregunté: ¿Lo leemos otra vez? Lo repetimos hasta 6 veces. Casi me lo aprendí de memoria. Le pregunté si tenía más, como si fuera una estantería milagrosa. "Manuel tiene dos, pero no me los deja". Así empezó todo. Tras una larga y extraña indagación, que incluyó una intrusión en toda regla a los ordenadores de una biblioteca de Calvinia, conseguí 8 de estos míticos cuentos de Navidad. No supe si había más, no he escuchado nada más al respecto desde entonces.

Los cuentos tan solo estaban fechados. El martes de cada semana de Navidad. No había referencias del autor o autores. Desde el principio me dio la impresión que se trataba de un trabajo colectivo o, más bien, de una experiencia colectiva. Algo así como los hilos que dejan tras de sí las múltiples visitas de gente desconocida para entregar regalos a los niños, que acaban convirtiéndose en un tejido confeccionado por múltiples relatos enfocados hacia determinadas fechas, o hechos. A fin de cuentas, así se construyen las historias orales, la madre de todas las historias que nos han convertido en lo que somos. Y apostaría que eso es lo que eran.

Los cuentos no delataban al género del autor, aunque sí se notaba un sesgo. De todas maneras, no era una voz, o voces, reconocibles desde ese punto de vista. El lenguaje sí retrataba -o intentaba- la época. El mundo era entonces una aldea. ¡Se admiraban de que disponían por lo menos de 200 millones de servidores para conectarse a la Red! O causaban revuelo alertas ingenuas, como la del año 2000. A pesar de lo cual, incluso en esos casos, es fácil advertir la audacia de estas historias y la

naturaleza sobre la que se elevan para contar algo que no formaba parte de lo cotidiano. Desde el contexto de los cuentos, hasta sus pormenores, nos encontramos con el relato de aspectos a los que todavía no hemos llegado, ni siquiera sabemos si alguna vez llegaremos, o que siguen siendo una fuente de angustia ante divisiones que proporcionan prosperidad en un extremo y desdicha en el otro. Y todavía no tenemos forma de resolverlas.

El último cuento de Navidad fechado era de 2003. Desde entonces, no he conseguido ninguno más, ni nadie me ha dado razón de que existan más. ¿No hay más? Si los hay ¿cómo es que están tan bien escondidos? Y si no los hay ¿por qué, qué ha pasado con el/la /autor/autora, o los autores? El otro misterio es que cada cuento, tras el título, se inicia con un refrán, como si esa fuera la críptica firma del autor.

---***---

1996

24/12/96

Título: **Cuento de Navidad (por-venir)**

Donde no hay regla, la necesidad la inventa

La primera señal de que algo iba mal fue el aviso por la megafonía: "Rogamos al pasajero que está usando un teléfono móvil que lo apague. Está interfiriendo con las comunicaciones del avión." La segunda, los tres hombres que repentinamente irrumpieron en la cabina del piloto. Los tres, como yo, viajaban en primera. La puerta se cerró y yo miré perplejo a mi compañero de asiento. Entonces vi que hablaba por su reloj-móvil y posiblemente lo llevaba haciendo desde un rato. Me quise hacer el simpático y le dije: "No será usted el que está afectando las comunicaciones del aparato, ¿eh?". Me miró con cara de pocos amigos sin dejar de hablar en voz baja. Una azafata pasó por mi lado en dirección a la cabina. Trató de abrirla pero no pudo. Se dio la vuelta y mostró un rostro maquillado por la angustia. Definitivamente estaba pasando algo raro y un gusanillo comenzó a inquietarse en mi estómago.

Un golpe seco en la intuición me hizo exclamar para mis adentros: "¡Por favor, otro secuestro no, no la víspera de Navidad!". Como experto en telecomunicaciones de la segunda corporación más poderosa del mundo en comunicaciones móviles, llevaba más de cuatro años viajando por todo el planeta. Y en menos de seis meses me había tocado vivir dos secuestros de aviones, uno en Filipinas y el otro en Kuwait. En los dos casos, grupos guerrilleros locales pedían la liberación de compañeros presos.

Por suerte, en ambas ocasiones viví para contarlo.

Pero ahora volaba de vuelta a casa, a Nueva York. ¿Quién iba a querer llevarse un avión en la mitad del Atlántico? ¿Por qué no habían esperado a estar más cerca de la costa? ¿O sería un comando de una de esas repúblicas de Asia Central con intenciones de hacernos dar la vuelta? Esto último no tenía sentido, el avión ya estaba en la mitad del océano, sería muy arriesgado proponer un desvío tan largo. En fin, a lo mejor no era un secuestro sino tan sólo una jugada de mi fértil imaginación que aún no se había repuesto de los sustos pasados, me dije para animarme.

Miré a mi compañero de asiento en busca de calma. Desde luego, él no parecía preocupado, estaba absorto manipulando algo que parecía una estilográfica, aunque un poquito más voluminosa. De repente se desplegó como un pequeño paraguas convexo de una circunferencia no mayor que un compact-disc. Lo depositó cuidadosamente sobre la mesita apuntando a la ventanilla. A su lado había una paleta electrónica (esos cacharritos del tamaño de un bloc de notas que últimamente habían hecho furor en el mercado de la electrónica de consumo), a la que en ese momento enchufaba su reloj-móvil. Se puso un auricular inalámbrico y comenzó a hablar. "Diablos," me dije, "este tío está decidido a explicarle a su mujer todo el menú que desea para la cena de Nochebuena". Sin dejar de musitar una especie de letanía, introdujo una tarjeta en la paleta. En ese momento el piloto se dirigió al pasaje por la megafonía: "Señoras y señores, guarden la calma. Tengo unos señores en la cabina que desean establecer una negociación con la Casa Blanca. Todo está bajo control. Lo único incierto es que por ahora

no sabemos donde aterrizaremos finalmente”.

Cerré los ojos, me grité para mis pulmones “¡Mierda!” y el señor de al lado me tocó el brazo. Cuando le miré me apuntaba con una minicámara de vídeo.

.--¿Qué hace? ¿Quiere guardar un recuerdo para la posteridad? Pues dedíquese a otra cosa porque a lo mejor no salimos vivos de esta.

.--No, señor Preston, es usted el que está pasando a la posteridad. Ahora le están viendo tan sólo unos pocos miles de internautas. Dentro de 15 minutos ya serán millones.

Mi imagen estaba en la pantalla de la paleta. El hombre murmuró algo al reloj y ésta desapareció.

.--Acabo de enviarla a la web que está transmitiendo toda la operación en vivo y en directo. Espere, me dicen que en estos momentos ya hay más de 265.000 conectados. No está mal, ¿eh? Parece que la Red se está calentando.

.--¡Usted, ustedes, usted es uno de los secuestradores....! ¿qué quieren?

.--No se preocupe, algo muy simple, volar hasta las 12 de la noche. Si todo sale bien, aterrizaremos un minuto antes de la misa del gallo. Llegará usted tarde a la cena con su familia, pero llegará.

Traté de unir cabos febrilmente y no me salía el ovillo. Ahora entendía todo lo que mi compañero de asiento tenía sobre su mesita: una completo servidor de Internet conectado a uno o varios satélites. Sin duda estaba transmitiendo páginas orales a otros servidores distribuidos por el mundo. De repente me di cuenta que iba a ser muy difícil, por no decir imposible, interferir sus señales. Lo más seguro es

que las enviara camufladas como parte del sistema de comunicaciones del avión. Pero, ¿para qué, por qué, a cambio de qué? En el torbellino de ideas, algo subió a la superficie de mi mente como un flotador en la bañera:

.--¿Cómo sabe mi nombre?

.--Tomamos la precaución de volar con usted. De hecho, si lo piensa bien, le preparamos su fecha de partida con el problema que le surgió en la centralita de Albania. Si los militares lograran interrumpir nuestras comunicaciones de alguna manera, siempre lo tendremos a usted para que nos abra suficientes canales en los satélites de órbita atmosférica de su compañía. Pero, no se preocupe, a lo mejor no le necesitaremos. Perdona un momento.

El hombre reemplazó la tarjeta de la paleta con otra.

.--Mire, aquí va su excelente página personal. Formará parte de toda la web del operativo. Tiene usted una biografía muy interesante. Me imagino que cuando vean que lo tengo aquí a mi lado desistirán de cerrarnos los traspondedores que ahora tenemos controlados. Por cierto, me dicen que ya hay 12 millones de personas conectadas a nuestros servidores. Están llegando miles de mensajes preguntando por nosotros --quienes somos y qué queremos-- y por los pasajeros. Tenemos a más de 200 personas por ahí dedicadas a responder. Ep!, aquí tengo un aviso de un chat para usted. Es del señor Kessler, el presidente de su compañía. Me disculparé que no le deje hacer la conexión oral completa. Hablará por el reloj-móvil, pero sus palabras serán transcritas automáticamente a texto. Hable con tranquilidad, toda la conversación aparecerá inmediatamente en la web, como la que

están sosteniendo mis compañeros con la Casa Blanca.

No pude explicarle nada a mi presidente. ¿Qué le iba a decir, si él sabía mucho más que yo a través de Internet? Me recomendó que me pensara bien cualquier solicitud de "colaboración" de los secuestradores, pero que no pusiera en peligro la vida de nadie. O sea, que me dejaba vía libre para "hackear" algunos satélites si se presentaba el caso. Apenas me despedí, comencé a ver en pantalla la transcripción de toda la conversación salpicada con imágenes de video del señor Kessler. Ya estaba en Internet. Mi vecino sonreía con una calma crispante.

--Este es el primer operativo de este tipo sin negociadores ni intermediarios, ni siquiera sin medios de comunicación. Todo el mundo se entera de todo a medida que sucede. Hasta los mensajes del Presidente aparecen inmediatamente en Internet. ¿No le parece interesante? Me dicen que los militares se han vuelto locos. Uno incluso se permitió decirnos por radio que nos pueden enviar al fondo del océano de un misilazo. Ahora tenemos unas preciosas páginas con su mensaje y toda la representación gráfica de lo que sucedería con el avión si nos dispararan. Como es lógico, toda la información es de ellos, la mayoría de estas páginas son simplemente vínculos a las suyas del Departamento de Defensa.

--¿Qué quieren? ¿quiénes son ustedes?

-- Ya se lo he dicho: sólo aterrizar hacia las 12 de la noche, dos horas y media después de lo previsto.

--¿Y para eso han secuestrado un avión?

--Bueno, yo no usaría un lenguaje tan expeditivo. No hemos secuestrado nada. Simplemente hemos

ayudado al piloto cuando los sistemas de navegación del avión se han visto en dificultades debido a nuestras transmisiones a Internet. Pero ni hemos pedido nada al gobierno, ni hemos causado ningún daño, ni siquiera hemos solicitado un coche para escapar, porque no hay nada de qué escapar. Es más, nosotros no hemos mencionado la palabra secuestro, sólo les estamos diciendo que este avión tiene a tres personas civiles a los mandos en la cabina y que el pasaje está tranquilo. Mire, aquí están las páginas dedicadas a los pasajeros. Fíjese todo lo que han dicho hasta ahora, estas son sus imágenes comentando sus temores e inquietudes. Según creo, ya tenemos una página personal por cada pasajero, muchas de ellas vinculadas a las suyas propias y a las de sus empresas en Internet. Mis compañeros ahí atrás están trabajando a destajo.

--Me rindo. No entiendo nada. ¿Me quiere usted decir que está arriesgando...bueno, cómo decirlo, la eventualidad de la cárcel sólo por hacer bajar el avión con dos horas de atraso sobre el horario previsto?

--Sólo no. Por eso nos pagan 16 millones de dólares. Usted, un hombre que vive todo el día enredado en las redes, ha mirado más de 20 veces a la pantalla y no ha visto este recuadro: Patrocinio. Ellos nos pagan por ocupar la "hora punta" de Internet. ¿Y qué mejor "hora punta" que Nochebuena, cuando la mitad del planeta está en casa y se puede conectar a la Red por la tele, el ordenador, la paleta, la billetera electrónica, el anillo-modem o la tarjeta-IP? Desde que empezó todo esto hemos lanzado cientos de páginas web y cada una de ellas lleva un faldón de publicidad. ¿Se imagina lo que vale eso cuando hay, como me dicen ahora, 82 millones de personas siguiendo nuestra

aventura al segundo? Y, fíjese, todo está sucediendo en la mente de la audiencia, porque aquí no está pasando otra cosa que la que le he dicho. Están angustiados porque no saben qué queremos y resulta que no queremos nada de lo que ellos imaginan. Venga, vamos, alegre esa cara, al menos usted ya sabe de qué va esto. Imagínese los de ahí atrás y los de abajo, que están convencidos de que se trata de algo más grave. Venga, señor Preston, no se ponga así, levante los hombros y tómese un whisky. Todos nosotros le estamos muy agradecidos a usted y a su compañía por lo que hacen para incrementar y diversificar la conectividad y la interactividad de las redes. Pero de algo hay que vivir, ¿no?

1997

23/12/97

Título: **Solidaridad Obligatoria**

Dar del pan y del palo, para hacer buen hijo del mal

"Está usted en el modo *Espera*. Llegarán nuevas instrucciones. Firmado: SO". Juan miró perplejo a la pantalla de su libreta electrónica. El mensaje había aparecido de sopetón enmarcado por una ventana con adornos navideños. El navegador parecía congelado en el supermercado donde estaba haciendo sus compras de Navidad de última hora. Las imágenes no se movían y la voz que relataba las virtudes de cada producto se había quedado muda. El cacharro no respondía a ningún comando. Trató de salir del programa, pero tampoco pudo. El ordenador estaba muerto y el mensaje parecía un epitafio. Esperó un rato hasta que advirtió que seguía conectado por el haz de infrarrojos al reflector de la pared. Le puso la cápsula protectora para desactivarlo. Apagó la libreta con el interruptor.

Esperó un rato y encendió el ordenador que controlaba la pantalla gigante de la pared y que tenía conexión automática a la Red. Apareció de inmediato la ventanita de marras. No hubo forma de sacarla de en medio. Trató de re-establecer la conexión mediante el teléfono. Inmediatamente apareció otro mensaje, éste diseñado como un formulario con un campo extra y un cursor invitándole a participar: "No apague el ordenador, le llegarán instrucciones en breve". Juan se decidió a preguntar: "¿Quién eres?". Durante 5 largos minutos no hubo respuesta. Finalmente, tras una breve

musiquita de campanas, apareció otra línea: "Está usted conectado a la Red Mundial Solidaridad Obligatoria".

¿Solidaridad Obligatoria? ¿Qué diablos era eso? En todos sus años de internauta jamás había escuchado nada acerca de esta red. ¿Cómo se habían metido en su ordenador? ¿Cómo habían conseguido detener todas sus funciones? ¿Era un juego? Decidió bromear. Habló: "¿Estoy secuestrado por alguna fuerza maligna?". Hacía tiempo que participaba en varios juegos "online". Pero nunca le habían metido en uno a la fuerza, ni sabía que se pudiera hacer. Tras unos pocos segundos llegó la respuesta: "Todo lo contrario, somos una fuerza benigna. Estamos completando las conexiones. En breve se pondrá en contacto con usted el responsable del área ibérica". A los pocos minutos de silencio volvió a apagar el ordenador. Juan decidió llamar a José Antonio, un vecino del barrio con el que participaba en un taller de telemática urbana. El teléfono de red y el móvil no tenían línea. Silencio absoluto. ¿Qué estaba pasando? Volvió a conectar todo y apareció la ventana de diálogo con un nuevo mensaje: "Por favor, no vuelva a apagar el ordenador y permanezca atento a la pantalla. Firmado: SO".

Juan se quedó hipnotizado. No podía quitar los ojos de esas letras a las que habría añadido con gusto otra S al final. Conmutó la pantalla de pared a la TV. Casi se le cortó la respiración cuando vio el mismo mensaje en el primer canal que apareció. Cambió a la otra parabólica digital. Lo mismo. Esto va en serio, pensó. Encendió la libreta electrónica, decidió dejar la pantalla de pared con la tele y cerró los ojos tratando de pensar qué estaba sucediendo. Al rato le llegó la cortina musical y un mensaje en la libreta:

"¿Está pasando usted unas buenas navidades?". Miró al televisor, pero allí seguía la ventana anterior. Habló: "¿Y a ti que te importa?". Musiquita: "Mucho. Millones de personas en el mundo llegan a la Navidad de la mitad de la primera década del siglo XXI sin nada que poner en el plato. En estos momentos, más de 50.000 personas tratan de sobrevivir a la última inundación en Bangladesh. La hambruna en el sudeste y el nordeste asiático y en la región subsahariana se ha cobrado más de 350.000 vidas en las últimas tres semanas. ¿Lo sabías, Juan?". Cielos, tienen mi nombre, se sobresaltó. Tras unos momentos se calmó: Bueno, eso, en el fondo, no es tan difícil, pensó.

"¿Y yo que tengo que ver con todo esto?". Musiquita: "Mucho. Hace años que venimos diciendo que la forma de vida del primer mundo repercute directamente en lo que ocurre en el resto del planeta. A pesar de que vosotros mismos lo confirmáis con las pruebas obtenidas por vuestro inmenso poderío científico, nada ha cambiado. Vuestras ciudades cada vez están más contaminadas y, de paso, contamináis al resto del mundo, el consumo sigue disparado, la producción y el comercio están concentrados cada vez en menos corporaciones y estas Navidades cuatro países de la OCDE han gastado el equivalente al PIB de los 70 países más pobres del planeta. Y tú, como tantos otros, no haces nada, como si el resto no existiera". Sí, ya lo sé, se confesó Juan, y ¿éstos que quieren que haga? Musiquita: "El 85% del comercio mundial discurre ahora por las redes. La globalización mercantil por medios electrónicos está llegando a su punto culminante. Pues bien: se acabó. En estos momentos, los sistemas de todos los gobiernos de la OCDE y de cientos de miles de ciudadanos del

primer mundo están cerrados. Os agradecemos, por supuesto, el haber puesto la tecnología a nuestro alcance para poder hacer esto. Pero lo que no quisisteis hacer por solidaridad voluntaria, ahora lo negociaremos a través de la solidaridad obligatoria".

Juan miró detrás suyo, al televisor: allí estaba el mensaje que acababa de leer. De repente no se sintió tan sólo. Alguien en el Palau Sant Jordi, en la Moncloa, en 10 Downing Street, en la Casa Blanca o en las mansiones de los grandes magnates de la industria estaban viendo lo mismo que él. La tele mostraba en esos momentos la lista de sistemas hackeados de todo el planeta. Prácticamente todas las redes financieras, gubernamentales, científicas, educativas, comerciales y muchísimas locales. En la parte de la izquierda, abajo, un contador adornado con motivos navideños iba mostrando en tiempo real los cientos de millones de dólares que se perdían a cada segundo.

Habló: "¿Quiénes sois?". Musiquita: "Una coalición mundial de movimientos sociales, fundamentalmente indígenas. Nos unimos por primera vez a través de lo que entonces se llamaba Internet, a finales de 1997. Nuestra aparición pública fue en la reunión de la Organización Mundial del Comercio en Ginebra al año siguiente. Si le echas un vistazo más tarde a nuestro centro de información en El Gran ArchiWeb, verás que entonces pedíamos que la liberalización del comercio no supusiera la destrucción de las sociedades rurales y del medio ambiente, que se protegiera la diversidad cultural y la autodeterminación de nuestros pueblos y que se establecieran controles sociales sobre las inversiones de las corporaciones. En otras palabras: que no nos impusieran una única forma de vivir determinada por

el bienestar de los ricos a costa de nuestra degradación, como ha venido sucediendo desde la revolución industrial. Ya sabes lo que ha ocurrido en los últimos años: habéis incrementado las emisiones de CO2 a escalas incontrolables, no queda cubierta verde en Indonesia, Tailandia y Malasia, las poblaciones indígenas están refugiadas en reservas electrónicas para preservar los últimos vestigios de su cultura y habéis convertido a las redes en la cúspide del control policíaco del mundo a través del comercio digital. Se acabó".

Esta segunda vez, el se acabó chasqueó como un latigazo en la cabeza de Juan. Aquella reunión con la OMC le sonaba porque se produjo muy poco después del catastrófico hundimiento de los mercados asiáticos. Había leído en archivos vetustos, por lo menos de más de cinco años de antigüedad, que miles de empresas quebraron de la noche a la mañana, millones de personas se quedaron sin trabajo y la miseria se convirtió en la estampa cotidiana de los otrora famosos Tigres del Pacífico. Sabía que aquella turbulencia social estalló en cientos de miniguerras, algunas incluso tribales, que a punto estuvo de provocar una conflagración más general. Finalmente, Juan trataba de recordar, la India, China, Japón, EEUU y Alemania "aplacaron" los ánimos y emergieron como las grandes potencias del mundo. Los tigres se convirtieron en sus empobrecidos gatos. Sí, aquello tuvo que haber sido muy gordo, porque incluso arrastró a partes de América Latina, como México, y cambió el rumbo de África, ya que muchas de sus ciudades alojan ahora a las fábricas de las grandes corporaciones gracias a su continuo suministro de mano de obra barata.

¿Y este estado de cosas lo querían cambiar con un

simple hackeo de las redes mundiales? El método le parecía pueril.

Habló: "Os van a despedazar. Os encontrarán uno a uno, os acusarán con la nueva figura delictiva consagrada por la ONU de atentado a la seguridad y bienestar del planeta y os meterán en la cárcel *per secula seculorum*. Y el siglo está empezando". Se sintió un poco aliviado. Musiquita: "Nosotros somos ellos, Juan. Ya no hay forma de separar el polvo de la paja. Nosotros no estamos hackeando el sistema. El sistema se está hackeando a sí mismo. Esto lo aprendimos hace mucho tiempo. A ti te debe sonar porque empezó en tu país. En 1997 hubo un asesinato en España cometido por aquella organización que se llamaba ETA. Indignados, miles de internautas bombardearon los servidores que tenían las páginas de un sistema de información que apoyaba a ETA. Fue la primera vez que vimos claramente el poder que tenían los internautas por el hecho de funcionar en red y perseguir determinados objetivos. Lo que pasa es que siempre que habéis hecho algo así era porque había cosas que os dolían a vosotros, os hartaban a vosotros. Además, a los 10 minutos ya estabais tan sepultados en nuevas descargas de información que os olvidabais de todo y volvíais a lo mismo de siempre: cuanta más capacidad de consumo, menos pensabais en los demás. Nosotros hemos aprendido mucho desde entonces. Ahora lo único que hacemos es poner en marcha los programas necesarios y contar con la colaboración --advertida o no-- de miles de internautas de todo el mundo, como tú, para que sepáis que existimos, que estamos habitando el mismo solar y que nos estáis condenando a vivir como desgraciados todos los días".

¿Como yo?, saltó Juan. "¿Como yo?", casi gritó. Musiquita: "Tú tienes todos los servicios de red para evitar los bombardeos de mensajes electrónicos. ¿Adónde crees que van esos mensajes si no llegan a ninguno de tus terminales? Los bits se redirigen automáticamente a basureros digitales que absorben sus impulsos electrónicos. Estamos conectados a ellos a través tuyo. Todo lo que hacemos contigo y con miles de otros internautas es un bombardeo masivo que automáticamente repercute de nuevo por toda la Red. Cogemos entonces la numeración de cada usuario rechazado, personalizamos nuestro diálogo y encabezamos otro nuevo bombardeo. Nosotros vivimos, como siempre, en el basurero y del basurero, pero ahora es digital. Gracias a la opulencia de tus recursos podemos reciclar una parte de tu riqueza y taponar el sistema global. En tu caso, eres un internauta que ejerce la Solidaridad Obligatoria con los desfavorecidos del mundo, como el Presidente del Gobierno y sus ministerios. Otros lo hacen voluntariamente. Pero no hay forma de saber de dónde viene el ataque, porque todos participáis".

Una voz le hizo volver la cabeza. En la tele había un indígena, quizá de Chiapas o de australasia, no sabría decirlo. Hablaba en castellano aunque, evidentemente, se trataba de una traducción automática simultánea. Solicitaba una reunión de los pueblos agrupados en la SO con la OMC, las 40 corporaciones que controlaban el 77% del comercio del planeta, representantes de la Unión Mundial de Ciudades y los del Consorcio Global para un Desarrollo Sostenible integrado por miles de pequeñas empresas de todo el mundo. Las redes quedarían liberadas en 10 minutos. Si los países ricos decidían que no podían hacer nada por el resto del planeta, salvo seguir expoliándolo con la

complacencia de sus propios ciudadanos, la economía mundial se detendría definitivamente en la siguiente acción. "No se preocupen, nosotros todavía sabemos cómo trabajar la tierra y organizar mercados en el centro de las ciudades. Hemos guardado nuestros conocimientos en las redes y los volveremos a usar para alimentarles", concluyó su mensaje el indígena.

Juan todavía miraba a la televisión cuando su libreta electrónica le alertó de que podía seguir recorriendo el supermercado electrónico.

1998

22/12/1998

Título: **Más solos y más juntos que nunca (*)**

Pues todo lo sabéis vos, y yo nada, diréisme lo que soñaba esta mañana

Carlos llegó a casa justo a tiempo. En pocos minutos comenzaba otro toque de queda por alerta radiactiva. Ajustó los sensores para el cierre hermético de la casa. Poco a poco empezó a desaparecer el calor húmedo que se colaba por las ventanas. Los acondicionadores crearon rápidamente un ambiente agradable. Cuando salió de la ducha se puso un pantalón corto e inició los preparativos de la cena de Navidad. Hacía tiempo que no veía a su familia y había quedado para celebrar la fecha juntos, aunque padres, hermanos e invitados estaban repartidos por el globo. De hecho, algunos ya habrían cenado y otros lo harían más tarde. Pero todos se reunirían en el ciberespacio en uno de los típicos banquetes de estas fechas.

Carlos comenzó a ajustar los parámetros de su procesador cuántico, capaz de controlar a los 160 agentes inteligentes (AI) internos y externos especialmente programados para este tipo de ocasiones. Mientras hacía los preparativos, se tomó un par de cápsulas: dos minúsculos conos huecos de cristal que en quince minutos se instalarían en el córtex de su cerebro. Una hora más tarde ya estaría listo para la gran fiesta.

Los conos estaban fabricados con sustancias

químicas neurotrópicas extraídas de su propio sistema nervioso. A la media hora comenzó a sentir el típico cosquilleo interior cerca del cogote. Tenía que estar atento al lugar preciso donde se producía esa especie de hormigueo porque allí tenía que aplicar el par de electrodos que entrarían en contacto con sus neuronas. Los conos actuarían como un transmisor/receptor situado dentro del cráneo que intercambiaría señales con el ordenador.

Mientras manipulaba cuidadosamente un juego de electrodos, Carlos leyó en el cristal de la ventana el último boletín informativo. Se había roto otro eslabón del "holocausto burocrático": un nuevo depósito de armas nucleares, éste de más de 70 años de antigüedad, había explotado cerca de la desembocadura del río Colorado. La pluma radioactiva comenzaba a moverse hacia el océano. Tardaría 16 horas en llegar a Japón y entraría en el continente asiático por el norte de China. "Más solos y más juntos que nunca", se dijo. Ahora que los cuerpos eran atacados por la radiación, las mentes interconectadas eran capaces de trabajar colectivamente, en algunos casos sin depender de su soporte físico, en un espacio neuronal compartido donde las experiencias de cada uno alimentaban al resto. "Qué ironía", musitó.

Veinte minutos más tarde, Carlos ya se había aplicado los electrodos de la cabeza y los del resto del cuerpo, distribuidos estos estratégicamente por las terminaciones musculares. Repasó una vez más el estado de los AI, muchos de los cuales eran complejos sistemas nerviosos artificiales fabricados con material biológico. Algunos de los que tenía dentro del cuerpo portaban procesadores nanoelectrónicos confeccionados con trazas de su

propio código genético para interactuar con los genes y estimular la producción controlada de ciertas hormonas. Prestó especial atención a dos de ellos, Glenas (interno) y Auges (externo), los más expertos, a cuya preparación y entrenamiento había dedicado mucho tiempo. Ellos eran los encargados de supervisar y orientar el trabajo del resto de agentes. Auges era su agente favorito. Conocía perfectamente sus sueños y fantasías. Cuando lo lanzaba a la Red a capturar sensaciones, no había otro agente igual en esta tarea y en la maestría con que después las administraba a sus neuronas. Auges era lo más parecido que había conocido a los ancianos de la tribu que describían los libros de antropología.

Una vez instalado cómodamente en el sillón, Carlos conectó el concentrador de electrodos al ordenador. A partir de ese momento, toda la casa quedó bajo el control de su mente y de su cuerpo. La cuestión ahora era extender el radio de acción fuera de la vivienda. Ordenó a los sensores de la habitación que apagaran todas las luces. Los primeros AI comenzaron a trabajar. Carlos abrió mentalmente la conexión con Internet y pidió la activación del CRY, el pigmento criptocromo que regula el ritmo circadiano del organismo relacionado con la luz y que estimula las facultades intelectuales, imaginativas y emocionales. Un AI se encargó de excitar la glándula correspondiente mediante la emisión de un ligerísimo pulso. El cerebro se bañó lentamente de una suave luz azul.

Carlos la vio como si tuviera los ojos abiertos y fuera la habitación la que se había iluminado. Ahora venía la parte que siempre le deparaba un particular placer físico: el "encendido" de la percepción subliminal,

que le permitiría una recuperación activa del funcionamiento subconsciente del cerebro para acelerar la identificación neuronal de imágenes, sensaciones y movimientos musculares que ni él mismo sabía que habitaban su cabeza. Además, se abrirían las conexiones necesarias para interactuar con los sueños y fantasías que los AI irían extrayendo de su infoteca personal Alpha y así ampliar el rango de su memoria.

Durante unos minutos tuvo la sensación de que alguien "peinaba" sus neuronas con un delicado cepillo. Los AI comenzaban a "dialogar" con los neurotransmisores. Lo sintió físicamente en la parte trasera de su cabeza. No pudo evitar que la boca se le hiciera agua en anticipación de lo que le esperaba. Había llegado la hora de la cena. Tragó la saliva y se hundió aún más en el sillón. Desde algún lugar de su mente surgió lo que parecía ser un mapa topográfico cuyo acusado relieve le era familiar. Rápidamente percibió el encuentro con mentes conocidas. Su cuerpo se fue llenando de sensaciones físicas, de palmadas, besos, caricias. El mismo las prodigaba sin moverse. Escuchaba las risas y los saludos. Las imágenes comenzaban a llegar a su cerebro claras, nítidas, como un torrente. El mapa se desplegaba, se retorció y formaba figuras bellísimas a medida que el encuentro progresaba.

Los AI gastrónomos comenzaron a actuar. Sintió que su boca se llenaba de un líquido burbujeante. Las papilas gustativas se recreaban en el champán. Los impulsos nerviosos fueron avanzando físicamente hacia la garganta, mientras el cerebro recibía la balsámica sensación del mosto. Se le escapó una sonrisa que vio viajar inmediatamente hacia el mapa del encuentro.

Poco a poco, comenzó a embargarle la experiencia del primer plato: un pastel de ensaladilla rociado con mayonesa. Los sabores invadían la boca y se desplegaban por todo su cuerpo, distribuidos sabiamente a través de los neurotransmisores. Apenas percibió que le faltaba un poco de sal y un AI ya había modificado ligeramente el sabor para acomodarlo a la petición. Una parte del mapa estaba constituida por una gigantesca infoteca de nutrientes, sabores, olores y sensaciones, todos ellos electrónicos. Carlos veía como los AI entraban en ella, seleccionaban rápidamente la información pertinente, la procesaban y la convertían en pulsos electromagnéticos que administraban en las porciones adecuadas.

En el segundo plato, carne guisada con arroz y plátano frito, le brotó una ausencia. Había comido aquel plato muchas veces en su casa y, aunque ahora hacía años que no lo había probado, algo chirriaba en alguna parte del cerebro. ¡Picante, le faltaba picante! Apenas expresó esta imagen, un AI acudió al sector de los condimentos y extrajo un amplio repertorio de ajíes cuya esencia calibró rápidamente con la identificación de sensaciones subliminales del cerebro de Carlos. En un par de segundos, sus terminaciones nerviosas recibieron el añorado pellizco caliente del picante pimienta roja.

De repente le llegó el murmullo de la música. Un murmullo mezclado con voces. Estas comenzaron a imponerse. Carlos sintió que algo en su cabeza se abría como una caja y dejaba escapar el eco lejano de una discusión. No le gustaba la sensación que comenzó a inundarle. Pero ni Glenas ni Auges intervinieron para cancelarla. Estaban entrenados

para dejar que la memoria trabajara libremente, sobre todo cuando recibía estímulos que desenterraban imágenes olvidadas o subconscientes. Carlos se revolvió ligeramente en el sillón y bebió un buen trago de vino. Las voces se convirtieron en gritos. Los sintió en su pecho, resonando con una furia inusitada. Era él discutiendo con su padre. Otra vez. Algo que no había sucedido durante muchos años. Las imágenes restallaban en su mente.

Trató de apaciguarse a pesar de la ira. El cerebro resplandecía y sintió que perdía el control de algunas de sus partes. Llegaban impulsos desde diferentes zonas que se convertían en imágenes familiares, reconocibles. Hermanos y amigos trataban de calmarle. Bebió más vino. No encontró el aroma afrutado de la primera cata. "Se me están obnubilando las neuronas", pensó. Percibió que el AI "*sommelier*" cambiaba de vino y excitaba sus terminaciones nerviosas con un sabor a tierra muy antiguo, vagamente familiar.

Una mano le acariciaba el hombro. Era su querida hermana Clara. Comenzó a llorar. Un AI la había rescatado de la infoteca familiar, a pesar de que había fallecido hacía tres años. Los ánimos se serenaron paulatinamente. Escuchó claramente el mensaje que Auges le depositó en el nervio auditivo: "La vida es un río sin fin, sólo cambia el cauce". Le estaba parafraseando. Carlos sonrió levemente y sintió que se recuperaba del mal trago. Auges y el vino estaban haciéndole efecto.

Tras los postres, se sintió muy cansado. Desde hacía un rato estaba recibiendo una señal colateral que no quería procesar. Finalmente se despidió de sus familiares. Estaba molido. Y bebido. Para una cena

celebrada sólo con la mente no estaba mal. Los AI comenzaron a desconectarle lentamente de la Red y de sus propios centros neuronales. El cerebro fue perdiendo el tono azulado. Sintió de nuevo el delicado cepillo que acariciaba sus neuronas. La desconexión estaba cerca. El cansancio comenzó a apoderarse de todos sus músculos. Tenía unas ganas locas de dormir. Cada vez se sentía más borracho, pero era una cogerza bien distribuida por sus AI. Mientras se quitaba los sensores y los electrodos llegó a ver como algunos de los agentes grababan información en su genoteca. Mañana le echaría un vistazo.

Al levantarse, leyó el mensaje en el cristal de la ventana: "No abra, el toque de queda se ha prolongado. Soplan fuertes vientos del sudeste". Sabía lo que significaba. Nubes cargadas de radioactividad y otros contaminantes cruzarían la región. Posiblemente no podría salir de la casa durante cinco días. "Bien, trabajaré desde aquí", se dijo. Se fue tambaleando hasta su habitación. La señal de la infoteca de los sueños estaba parpadeando. Carlos se metió en la cama, se puso un electrodo emisor en la sien y lo sintonizó con el aparatito que parecía anticipar una noche prolífica. Al poco tiempo de dormirse, las luces de la infoteca Alpha comenzaron a destellar. El primer sueño estaba llegando al módulo registrador.

(*) Todos los dispositivos que se mencionan en este cuento ya existen, así como las funciones que desempeñan en el cerebro y otras partes del organismo. Pero no están integrados en red. Todavía.

1999

21/12/1999

Título: **Cuerpo invadido**

Pensar en otra cosa es pensar en lo imposible

J.B. Wrightless, Presidente de EEUU, decía en esos momentos: "En estas fechas, tenemos la obligación de ofrecerle al mundo uno de los acuerdos más importantes de la historia. La humanidad espera que resolvamos nuestras diferencias y caminemos, todos juntos, sin exclusiones de ninguna clase, hacia un futuro mejor. A una comunidad global corresponde una participación global, una comunión de todos con todos en aras de superar nuestras diferencias". Y se quedó callado. Los 2.700 delegados de 186 países que llenaban el anfiteatro de conferencias de Estocolmo quedaron expectantes, como si se fuera a producir un anuncio trascendental.

La cumbre que celebraba los 20 años del encuentro de Seattle en 1999 llevaba ya 15 días sin encontrar una salida. La Conferencia Ministerial de la Organización Mundial del Comercio que se celebraba en Suecia era el séptimo intento de poner en blanco y negro un tratado que resolviera el descalabro creciente del comercio mundial. El globo se había dividido en dos sectores claramente diferenciados. Por una parte, la región del Área Policial, que prosperaba gracias a su férreo control sobre la propiedad de tecnologías de telecomunicación. Por el otro, la región de la Asamblea de Ciudadanos en Red (ACR), que defendía la difusión sin cortapisas de esas tecnologías como un derecho público a la interacción.

Este conflicto había provocado un crecimiento aleatorio de las redes de telecomunicación, así como sucesivas oleadas de invasión de los centros de diseño de redes, la sustracción de códigos fuentes y su distribución inmediata a través de redes telemáticas, la intrusión de patrullas de la ACR en cada uno de los avances científicos, cada vez más dependientes de la integración de las redes. El derecho a la interacción, recogido en la Carta Magna del Ciudadano en la Sociedad de la Información, había colocado a muchos países en desarrollo en una posición de ventaja gracias a sus redes humanas y algunos, de hecho, ya competían en la "liga de los mayores". Pero la degradación creciente del medio ambiente erosionaba constantemente sus avances y, a la vez, castigaba sin remisión a la población marginada de los beneficios de la información y el conocimiento, aunque viviera en países infopulentos. El mundo de las redes era un lugar turbulento marcado por las fronteras de la imaginación y el control.

El Presidente seguía inmóvil en el estrado. Cuando alguien se acercó para preguntarle si se sentía bien, el Director de la Oficina de Tecnología y Seguridad de la Casa Blanca le cortó el paso con el rostro lívido. "¡No lo toque!", casi gritó. Inmediatamente, el Presidente fue rodeado por varias personas de su séquito. El Director dijo en voz baja, pero no lo suficiente como para que no lo recogieran los micrófonos de ambiente: "Han entrado en su cuerpo, no hagamos nada todavía". Un murmullo se levantó en toda la sala. La noticia corrió como la pólvora por Internet. Había sucedido lo impensable, lo que el Área Policial siempre había temido y constantemente se jactaba de que nunca podría ocurrir: Los sistemas

corporales del Presidente de EEUU habían sufrido un ataque de intrusos informáticos, quienes estaban tomando progresivamente el control de sus moletrónicos.

Alrededor del Presidente comenzaron a desplegarse máquinas de todos los tamaños, algunas de las cuales se conectaron delicadamente a su manos y su frente. Tras unos segundos, la telemetría de sus sistemas corporales comenzaron a aparecer en la gigantesca pantalla del anfiteatro. J. B. Wrightless, como tantos ciudadanos de los países ricos, tomaba todas las mañanas su ración de píldoras moletrónicas, las cuales envolvían decenas de nanordenadores que verificaban multitud de parámetros corporales: temperatura de los órganos, estabilidad de la fabricación de hormonas, el estado celular de vísceras vitales, el funcionamiento de la TM (transferencia de memoria del BPEP --Banco Presidencial de Experiencias Pasadas--, sito en un búnker en algún lugar de EEUU) y, sobre todo, el estado del corazón y el cerebro. El denominado Bosque de Sensores Cardíacos (BSC) controlaba desde el ritmo cardíaco hasta los genes artificiales que hacían guardia en espera de ser activados para reparar el tejido muscular en caso de un ataque cardíaco, embolia u otro evento que afectara al corazón. Por la noche, los moletrónicos eran expelidos junto a las heces fecales y reemplazados por otros especializados en regular las funciones durante el sueño.

El Presidente seguía inmóvil mientras la excitación crecía a su alrededor. "No toquéis nada hasta que sepamos exactamente qué está sucediendo". En la pantalla todo parecía normal, excepto por unos mensajes que intermitentemente se colaban entre

las columnas de números: "Controlado". A medida que pasaban los minutos, estos mensajes eran más frecuentes. "Señor Director, se están creando circuitos nuevos en las redes todo el tiempo. Los atacantes no mantienen la conexión más de 45 segundos y la pasan a otra red. Ya hemos detectado más de 6.500. No hay un centro, hay miles de lugares desde donde se está manteniendo la invasión". En ese momento apareció un contador en una esquina de la pantalla cuya progresión numérica ascendía y descendía constantemente: 7.250, 8.100, 7.820, 8.910, 9.340...

De repente, todos los números desaparecieron de la pantalla y fueron sustituidos por una imagen borrosa que se fue aclarando poco a poco. En medio de un silencio profundo se pudo escuchar claramente las palabras del Director: "Están controlando los videosensores, estos hijos de puta van a mostrarnos el cuerpo del Presidente por dentro. No hagáis nada, cualquier intento de quitarles la conexión podría suponer que los moletrónicos quedaran fuera de control por unos segundos y eso sería suficiente para...". No terminó la frase. Un sudor frío le caía por la frente. La imagen en la pantalla era ahora nítida. Una minúscula lucecita comenzó a parpadear sobre lo que parecía un órgano palpitando. Poco a poco aparecieron otras luces, hasta que dibujaron nítidamente un árbol de Navidad e iluminaron claramente un hígado en pleno funcionamiento.

No sólo la sala de conferencias, sino cientos de millones de personas alrededor del mundo seguían atentamente toda la ceremonia a través de las redes. Y todos pudieron escuchar una especie de carraspeo que no se correspondía con el del Director, el único que hasta ahora había impartido órdenes.

"Señor", le dijo uno de sus ayudantes mientras escrutaba atentamente su cuaderno electrónico, "registramos una concentración de actividad en los moletrónicos sónicos de la tráquea". No había concluido la frase cuando se escuchó un segundo carraspeo que convirtió al recinto en un mausoleo, seguido de una voz parecida a la del presidente, aunque con una resonancia más suave que su, a veces, áspero acento.

"Hemos aceptado la invitación del Presidente de EEUU para participar en una comunión de todos con todos en aras de superar nuestras diferencias. Y hemos traído a este acto a los presidentes de las "Tres Hermanas", la señora Crawford de EEUU, el señor Rao de la India y el señor Li de China, quienes encabezan, respectivamente, los consorcios mundiales de software, tecnologías estratégicas y redes de satélites. No os preocupéis por ellos: estarán perfectamente alimentados todo el tiempo y los dos norteamericanos disfrutarán de su comida navideña. Sus corpus-net funcionan impecablemente, hasta ahora. Es casi una experiencia mística participar del cuerpo y el alma de estas personas, de su presente y del pasado almacenado en sus respectivos Bancos de Experiencias. Bien, sólo queremos deciros un par de cosas. En primer lugar, la única forma de "*superar nuestras diferencias*", como decía el Presidente, es aceptando que, como estipula la Carta Magna del Ciudadano de la Sociedad de la Información, el derecho a la interacción supone la distribución pública, sin restricciones de ningún tipo para nadie, de tecnologías estratégicas de comunicación. Mientras os lo seguís pensando, nosotros continuaremos capturándolas y transfiriéndolas a las partes del mundo que habéis dejado en el camino,

incluyendo a quienes en vuestras propias sociedades opulentas ya ni tan siquiera poseen las herramientas esenciales para adaptarse a eventos rutinarios como las fluctuaciones climáticas. En segundo lugar, tratar de evitar esta transferencia es una batalla perdida que tan sólo hará la vida cada vez más difícil para todos, sobre todo para quienes su corpus-net ya enlaza hasta con su dotación genética, como es el caso de nuestros cuatro invitados. Os quedan tres días para llegar a un acuerdo. Esperamos que la parte del mundo que celebra las Navidades pase unas buenas fiestas. Y no os preocupéis por nada: El último de nosotros en marcharse apagará las luces del arbolito".

2000

26/12/2000

Título: **Papá Noel era ateo**

Nunca llueve a gusto de todos

El primer mensaje fue recibido con alborozo por muchos y una cierta decepción por otros. "Por favor, no mande más felicitaciones de Navidad. Sus datos personales han quedado incluidos en la página <http://feliznavidad.castellano.fest> (*). Visítela, busque su nombre, añada la lista de personas a las que desea felicitar las fiestas y adjunte tantos archivos gráficos o audiovisuales como quiera. Todos los usuarios de su lengua ya saben de la existencia de la página y, si quieren, la visitarán. Mediante un procedimiento muy sencillo sabrán quiénes y cómo les felicitan las fiestas. Muchas gracias por su atención. Por un uso eficiente de la Red. CGW".

El segundo mensaje produjo una cierta preocupación al principio. Llegó el 22 de diciembre y fue el detonante de una imprevisible crisis mundial. CGW, o Cegeuedoble como se lo empezó a denominar popularmente, era el "Cerebro Global de la Web". Su entrada en funcionamiento antes del verano había causado un espectacular revuelo mediático, como no podía ser de otra manera.

CGW fue el resultado de un pacto extraordinario en el que participaron todos los gobiernos del planeta, organismos internacionales y asociaciones de todo tipo que, de una u otra manera, tenían algo que ver con las redes.

Tras una larga preparación, cuando se produjo la que se llamó "La Gran Conexión", la conocida y vetusta WWW cambió radicalmente de cara... y de comportamiento. Nuevos servidores basados en un nuevo lenguaje para confeccionar las páginas web y miles de agentes inteligentes habían logrado que, por primera vez, la Red pudiera efectivamente leer y conocer el contenido de los miles de millones de documentos que almacenaba en cuanta lengua uno pudiera imaginar. Y administraba este conocimiento con una eficiencia sorprendente. Arrinconaba la información redundante, solicitaba la que faltaba y la demandaba a quienes la poseían, distribuía conocimiento según maduraban los perfiles de los usuarios y sostenía las necesidades de las llamadas "galaxias de saber". Estas consistían en núcleos de individuos, colectivos, empresas u organizaciones con demandas específicas de información y conocimiento que debían satisfacerse de manera continuada, como podían ser las de la educación o los negocios globales.

Tras años de investigación en centros privados y académicos, así como en instituciones militares, sobre todo en la conocida DARPA del Departamento de Defensa de EEUU, la denominada "web semántica" había comenzado a convertir en realidad el sueño de una sociedad global. Una sociedad edificada sobre el conocimiento compartido, capaz de negociar las interacciones entre millones de usuarios a pesar de sus diferencias culturales, ideológicas, religiosas o políticas. Una sociedad sustentada sobre redes múltiples cuya razón de ser residía en la globalidad y las necesidades de sus usuarios.

La red de Internet se repartía ahora en más de 200 millones de servidores, a los que se sumaban cerca de dos mil millones de ordenadores particulares de todo tipo y tamaño que conformaban, en conjunto, el más vasto tejido neuronal jamás imaginado.

Por más que los medios de comunicación de todo el mundo y los responsables del cambio, la Corporación 3W -C3W-, hubieran avisado con gran profusión de detalles de lo que iba a suceder, a mucha gente todavía le sobresaltaban los mensajes firmados por el *Cerebro Global de la Web*. "Esta información que usted pretendía distribuir ya se encontraba disponible en la Red. Por favor, evite la información redundante. Trate de aportar información original y enriquezca la Red para usted y todos los usuarios. Muchas gracias por su atención. Por un uso eficiente de la Red. CGW".

La irritación que causaban en un primer momento fue dejando paso a la admiración por la eficiencia con que el CGW administraba la información y el conocimiento generado e intercambiado por más de 2.000 millones de personas. Además, se podía comprobar fácilmente la huella propia a medida que evolucionaba el sistema. A veces, bastaba con enviar un artículo a una lista de distribución para que el CGW respondiera indicando donde había información similar o mejor, o incluso que había sido aportada por uno mismo hacía unos años y de la cual ya ni nos acordábamos. Los buscadores habían desaparecido para dar lugar a una especie de esgrima intelectual que casi siempre daba resultado.

El Cerebro Global actuaba como un sistema nervioso central distribuido entre millones de máquinas que, a su vez, eran el canal de comunicación con sistemas

nerviosos personales o colectivos. Pero no había un centro. No era un Gran Hermano bajo ningún concepto, sino todo lo contrario. La inteligencia estaba repartida por miles de máquinas que analizaban el contenido de documentos de todo tipo --textuales, gráficos, audiovisuales, holográficos, etc.--, intercambiaban constantemente información entre ellas, negociaban los denominados "estados de infoequilibrio" y respondían inmediatamente a cualquier demanda ... o laguna. "Señor Tal y Cual: la empresa XX está buscando experiencias sobre comportamientos culturales en el área de la asesoría urbana en el sureste asiático. Usted y su equipo la tienen a tenor de la información que intercambian con sus clientes. Le ruego que la ponga a disposición de la mencionada empresa bajo el siguiente encabezamiento.... y adjunte el correspondiente plan de negocio. Muchas gracias por su atención. Por un uso eficiente de la Red. CGW".

Si no se cumplía con la petición, progresivamente se iban cancelando los medios de pago del Señor Tal y Cual, su acceso a ciertas áreas de la Red quedaban restringidas y, según se decía, se había llegado a cancelar todas sus cuentas de usuario, lo cual podía ser el primer paso para convertirse en un paria digital. Pero así se había negociado que funcionara la Red y así se acordaron que fueran los principios filosóficos e informáticos del CGW: un sistema de inteligencia global capaz de satisfacer la demanda de los millones de usuarios que compartían simultáneamente el mismo espacio virtual.

El mensaje del 22 de diciembre que originó el gran alboroto mundial decía: "Señor Tal y Cual, por favor prepare un informe sobre comunicación en entornos industriales deslocalizados pero organizados

verticalmente por la demanda. Debe usted colocarlo en la Red en cinco días. La petición procede de cámaras de comercio del Este de África y tres administraciones locales de China. Muchas gracias por su atención. Por un uso eficiente de la Red. CGW". El Señor Tal y Cual leyó el mensaje con una sonrisa típica de "metiste la pata, sabelotodo". Desconocía, desde luego, que en esos mismos momentos, miles de señores y señoras tales y cuales sonreían ante mensajes semejantes aunque de diferente contenido y procedencia. Lo común entre estos señores y señoras no eran sólo los mensajes, sino que todos ellos se aprestaban a celebrar la Navidad. Y todos enviaron, letra de más o coma de menos, una respuesta parecida: "Lo siento mucho Cegeuedoble, pero comienzo mis vacaciones navideñas y hasta principios de enero no volveré al trabajo. Felices Fiestas. Señor@ Tal y Cual".

Todos recibieron una respuesta semejante: "La Red es universal y, por tanto, permanece abierta 365 días, 7 días de la semana, 24 horas al día. El mundo virtual no se puede parar por las fiestas particulares de algunos grupos de usuarios. Le ruego que cumpla con la solicitud o su acceso será cancelado. Muchas gracias por su atención. Por un uso eficiente de la Red. CGW." Los receptores del texto no daban crédito a sus ojos. En un instante, ráfagas de miles de mensajes cruzaron el ciberespacio en busca de ese centro inexistente de la inteligencia distribuida, del centro neurálgico del cerebro global.

"CGW: Navidad es una fiesta religiosa y yo no trabajo en esos días". La respuesta no se hizo esperar: "Internet no se cierra y hay urgencias que resolver en el mundo. Usted mismo lo ha dicho muchas veces. Hay abundante información al

respecto. Las consideraciones religiosas no son válidas. Una vez leída toda la documentación al respecto almacenada en la web, no hay argumentos de peso para cerrar la Red por motivos de este tipo. Ni siquiera está demostrado el origen religioso de Santa Claus, que existiera o que creyera en algún dios. La web debe permanecer abierta en las mismas condiciones para todas las religiones y culturas todos los días del año. El conocimiento y los negocios no ocupan un lugar religioso, sino de necesidades, demandas, obligaciones y transacciones a través del intercambio de información y conocimiento entre todos los que siguen conectados. Por si le interesa saberlo, su cambio de año está 2.600 años atrasado respecto al calendario de los chinos, 543 años con respecto al budista, 3.760 con respecto al hebreo y está adelantado en 580 años con respecto al musulmán. 5300 millones de personas no viven de acuerdo a su calendario y dependen para su supervivencia de la Red. ¿Quiere que cierren sus vidas hasta que usted acabe sus vacaciones? Por favor, envíe el informe solicitado o todas sus compras navideñas a través de la Red serán canceladas. Muchas gracias por su atención. Por un uso eficiente de la Red. CGW."

¿Sociedad global del conocimiento en red o redes particulares para el conocimiento de cada sociedad? Desde aquellas Navidades, nada fue igual en el mundo. Todos, grandes y mayores, ricos o pobres, de la raza, religión o cultura que fueran, se vieron metidos en un callejón del que ya no era tan fácil salirse. Santa Claus y los Reyes Magos fueron los primeros en pagar los platos rotos. Nadie osó meterse en polémicas con el CGW y colgar tarjetas electrónicas con estos iconos. Fue el saludable inicio de un cambio inesperado.

(*) La URL que se ofrece en este cuento es falsa. No podía ser de otra manera: el "Cerebro Global" todavía no ha entrado en funcionamiento y no se ha designado la fecha definitiva en que lo hará.

2001

25/12/2001

Título: **Las cazuelas**

Si cantas al asno, te responderá a coces

El intenso frío del mediodía se mezclaba con el aroma del ciervo que se asaba en la puerta de la cueva. Trinchado en un palo sostenido por dos horquillas, una mujer le daba vueltas de vez en cuando. Varios niños correteaban saliendo y entrando de la cueva, siempre bajo la estrecha vigilancia de los adultos. Algunos de estos se separaban de vez en cuando del fuego para husmear el aire. No había fieras por las cercanías. Sin dejar de vigilar, regresaban al círculo de los sentados alrededor del fuego. De repente, todos se pusieron tensos. Algunos se levantaron con las lanzas en la mano. Todos miraban al mismo punto del bosque. Por allí apareció un joven, resoplando bocanadas de vapor blanco por la boca y cargando un fardo a sus espaldas. Se acercó al grupo y uno de los adultos le preguntó:

.--¿Qué traes ahí, Anul?

.--Cazuelas.

.--¿Caqué?

"Cazuelas", volvió a repetir el joven mientras abría las pieles y esparcía unas cuantas cazuelas ante la mirada asombrada de los habitantes de la cueva.

"¿De dónde las has sacado? ¿Para qué sirven? ¿Para qué las quieres?", le preguntó la mujer que seguía a

cargo del ciervo, mientras Anul las ordenaba sobre la piel extendida. Cinco cazuelas, de distintos tamaños, tres de ellas con una tapa. Un par estaban pintadas con una raya en zig-zag de color amarillo apagado. "Sirven para hacer comida", dijo Anul, mientras permanecía en cuclillas al lado de los extraños objetos sin dejar de mirar a la cara a los que le rodeaban.

El más viejo, un hombre de unos 38 años, fornido a pesar de encontrarse ya en un estado avanzado de decrepitud como reflejaba los pocos dientes que le quedaban, se agachó lentamente al lado de Anul y calmó el alboroto que habían causado las últimas palabras del joven.

"Anul, ¿de dónde has sacado estas... cazuelas? ¿quién te las ha dado?". Anul miró al anciano, elevó la vista hasta su padre que le observaba expectante y volvió a enfrentar la mirada intensa de quien, de hecho, oficiaba de jefe del clan. "Los otros. Me las han regalado los otros." Un silencio profundo invadió la escena. El ligero silbido del viento, el crepitar de los troncos y la agitada respiración de los presentes era lo único que se escuchaba. Hasta los niños callaron. "Hoy celebran una fiesta, me han dicho. Me regalaron estas cazuelas para que preparáramos comidas como ellos y nos uniéramos a la celebración. También me dieron esto y me explicaron cómo cocinarlo". Anul sacó otro fajo enrollado que llevaba atado a la cintura en la espalda. Lo abrió y mostró diversas hortalizas, setas, manojos de hierbas, bayas y frutas.

El viejo y varios de los adultos no podían reprimir su sorpresa. Pero en sus rostros también se dibujaba el gesto de un suceso esperado: "Ha llegado el

momento". El viejo, sin retirar la mirada de los alimentos, preguntó despacito: ¿"Y qué celebran, Anul?" El joven esperaba la reprimenda por haber entablado relaciones con los otros, no este súbito interés por lo que hacían o dejaban de hacer. "Dicen que hoy nace el Sol otra vez y la tierra se abre como en un parto. Eso es lo que dicen. ¿Qué significa eso?". "Eso no significa nada, hijo, sólo que quieren atraerte con historias. Te hablan de fiestas, te regalan cazuelas y esas cosas que ellos comen y, encima, nos las traes a nosotros". El viejo parecía contenido, aunque se le notaba que la ira iba subiendo en intensidad.

Anul no parecía impresionado. "Ellos cocinan en estas cazuelas. Ponen esas cosas adentro con agua. Las dejan bastante rato al fuego. Y todo huele diferente. Después guardan las cazuelas con lo que no llegan a comer y tienen comida para todo el día o para varios días. Muchas veces las llevan cuando se van de caza y sólo tienen que encender el fuego y tienen la comida lista enseguida, aunque no hayan cazado nada todavía. Nosotros no podemos hacer esto. Sólo comemos la carne que cazamos y la tenemos que comer en el momento y siempre trinchada sobre el fuego". Anul jugaba con un par de tapas de las cazuelas mientras esperaba el chaparrón.

"Siempre hemos comido así y no nos hemos muerto por eso. Tú, yo, tus antepasados y los antepasados de nuestros antepasados. ¿Qué ha pasado para que ahora tengamos que usar estas cosas que, además, no son nuestras y no sabemos con qué intenciones te las han dado?". Anul miró a su padre, que era quien había hablado. "Hoy celebran una fiesta y me han regalado las cazuelas sin pedirme nada. Sus

cuevas huelen diferente a las nuestras, su fuego siempre tiene seis o siete cazuelas con comidas distintas dentro. Además, como se pueden llevar la comida con ellos no salen todos los adultos a cazar. Algunos se quedan en la cueva haciendo otras cosas". "¿Como qué?", preguntó con curiosidad su padre. "Vigilan, pintan, buscan hierbas y frutas para poner en las cazuelas, fabrican cosas, cosas diferentes a las nuestras. Tienen piedras y huesos que cortan por las dos caras".

Los adultos se miraron entre ellos. Una mujer preguntó: "¿Y quién vigila todas esas cazuelas? Porque yo me paso todo el día cuidando que la carne no se queme. Si dices que ponen seis o siete cazuelas al fuego, ¿cuánta gente está atenta para que no se queme lo que hay dentro?". "Yo sólo veo a uno o dos que remueven lo que hay en cada cazuela. No sé, deben saber cuánto tiempo pueden estar al fuego, no sé." Anul estaba cada vez más inquieto. El silencio del viejo le preocupaba.

"Anul", dijo por fin el anciano. "Nosotros hemos comido nuestra caza de esta manera desde la noche de los tiempos. Estamos hechos así: para cazar y comer la carne de lo que cazamos. Si tuviéramos que comer otras cosas y de otras maneras, nuestros antepasados nos lo habrían legado, como nos legaron la lanza. Nosotros somos diferentes y no necesitamos... cazuelas para hacer lo que los otros llaman comidas".

Anul se lo pensó unos segundos antes de contestar. "¿Y por qué los otros tienen más herramientas que nosotros? Tienen cosas que llaman arpones, ganchos, armas para cazar animales pequeños o peces...". "¿Y eso que tiene que ver con las cazuelas,

Anul? ¿Qué tiene que ver con nosotros? ¿Qué te crees, que los objetos lo es todo, ya sean estas cazuelas o eso que llamas arpones? La vida no se reduce a tener arpones".

"¿A qué se reduce entonces?" La pregunta de Anul flotó demasiado tiempo en el aire. "A mantenernos juntos", dijo por fin el viejo. "¿Nosotros solos o con los otros también?". Anul no quería ahora soltar la presa. Era la primera vez que hablaba cara cara con el viejo y con los adultos de estas cosas. Miraba a las cazuelas como si en ellas se encerrara un gran misterio que tenía que revelársele en ese momento, antes de sentirse atrapado como un cervatillo. "No nos hacen falta los otros. Nosotros somos más fuertes que ellos, mucho más fuertes, y eso que no tenemos cazuelas", replicó el viejo con cierta sorna en la voz.

Anul le miró a la cara: "Nosotros somos más fuertes, pero ellos tienen más adultos que nosotros. ¿Por qué? Dicen que los más mayores nacieron antes que tu padre". "Te cuentan unas historias muy bonitas, Anul. Nosotros morimos cuando tenemos que morir. Ni antes, ni después. No entiendo adónde quieres llegar", le respondió el padre. Anul tampoco. No sabía adónde quería llegar. Pero las cazuelas y el aroma que emanaba de ellas en la cueva de los otros le tenían fascinado. "A lo mejor viven más porque comen más cosas que nosotros", dijo sin mucha convicción.

"¡Ya estamos con las cazuelas otras vez! ¿Qué tienen que ver las cazuelas en todo esto? ¿Ellos tienen más adultos porque tienen cazuelas? ¿Porque comen esa porquería de hierbas con agua, como tú dices?". El viejo se había puesto de pie. Anul musitó: "Tú

tampoco lo sabes. Puede ser que sí, puede ser que no". Todos los adultos miraron al anciano. "¿Crees que ellos son más felices porque tienen comidas distintas?", bramó el jefe del clan. Anul no se esperaba este argumento. No estaba preparado para contestar algo así, de sopetón. El viejo lo percibió de inmediato. "¡Dime! ¿Crees que porque cazan otras cosas o los adultos, según ellos, viven más tiempo, crees que por eso son más felices?". Anul soltó lo único que se le ocurrió en esos momentos: "Hoy, al menos, celebran una fiesta y parece que están todos muy contentos".

"Además", prosiguió rápidamente, "yo sólo quería que probáramos otras cosas. Si cada vez que descubramos algo nuevo nos vamos a poner así...". El viejo dio dos pasos hacia el tesoro de Anul. "¡No me vengas con cuentos! Por supuesto que cada vez que inventemos tonterías nos meteremos en estas discusiones, pero no porque inventemos, sino porque son tonterías, como estas cazuelas que se pueden ir a la mierda".

Dicho y hecho. De una patada las cazuelas volaron por los aires hechas añicos, mientras todos seguían atentamente la inesperada lluvia de trocitos de barro. Nadie vio el avión que surcaba el cielo en aquel momento, a 40.000 años de altura, justo cuando a los otros se les servía la comida. El menú incluía, excepcionalmente y debido a la fecha, asado de ciervo con arroz y verduras hervidas.

2002

24/12/2002

Título: **La máquina de la civilización**

Las almas grandes nunca se abaten

"El primero de estos correos electrónicos llegó hace exactamente diez días, el 14 de diciembre. Al principio eran dos o tres al días. Después, a medida que los iba contestando se incrementó el número y la diversidad de temas. Ahora sé que no soy el único destinatario. No sé qué hacer, ni qué está pasando". Samuel Huntington miraba alternativamente a la pantalla de su ordenador y a Chris Calvin, el agente de la CIA enviado por el Departamento de Alarmas Inmediatas. "¿Y por qué los responde? ¿Por qué no los borra o los guarda y los deja para otro día?", respondió Calvin. La respuesta era obvia, por algo se encontraba en casa del profesor la víspera de Navidad: "No puedo. Son mensajes que me plantean problemas muy serios desde el punto de vista de lo que he escrito estos últimos años. Nunca nadie me había planteado estas cuestiones de esta manera. Es como si yo estuviera al otro lado discutiendo conmigo a partir de mis propias lagunas, lagunas que no había detectado hasta ahora".

A Calvin eso no le pareció suficiente. No como para que ni siquiera hubiera tenido tiempo de salir a hacer las compras de Navidad, como le había explicado un preocupado Huntington. Lo más extraño de todo es que, en ese mismo momento, varios compañeros de Calvin estaban escuchando posiblemente algo muy parecido, pero en la casa de Francis Fukuyama y de un puñado de intelectuales

estadounidenses que habían recibido una avalancha semejante de mensajes. Calvin ya los había reenviado al cuartel general de la CIA para que los examinaran y sabía que sus compañeros habían hecho lo mismo. Pero, ¿por qué había que responderlos ahora, por qué no dentro de unos días, o de un mes?

"¿Me muestra de nuevo el primero de ellos?", pidió el agente. Don Samuel tecleó nerviosamente y lo puso en pantalla: <<Señor Huntington, ¿cree usted que una sociedad no basada en el consumo puede construirse sobre un sistema político alternativo a la democracia, que usted entiende como parte inherente a la civilización occidental?>> "¿Qué respondió usted?" Huntington se revolvió en el asiento y explicó brevemente cómo había expuesto el caso de Rusia tras su caída y la reconstrucción de formas capitalistas basadas en el consumo de masas. "Sin embargo, el siguiente mensaje dejó mi respuesta en el aire. Eso ha sucedido en casi todos los casos. Los nuevos mensajes han abierto otros campos de interrogación, cada vez más profundos, más exhaustivos, incluso más filosóficos". Calvin revisó sus notas y se encontró con aclaraciones parecidas por parte de Fukuyama y de algunos de sus colegas.

"¿Usted conoce a los firmantes, sabe si realmente existen?", preguntó Calvin sin dejar de consultar sus papeles. "Bueno, al principio sólo reconocía las instituciones: universidades de El Cairo, Casablanca, Islamabab, Haifa, Ammán... Las personas me eran desconocidas, pero aparecen en los listados del personal de esas instituciones. Algunas de sus posturas creí reconocerlas. Incluso consulté a Edward Said si él estaba asesorando a algunos de los

firmantes". Calvin le miró inquisitivamente. "Bueno, me pareció reconocer algunos de sus argumentos. No entendió nada de lo que le dije. Me explicó que estaba a punto de salir de viaje de vacaciones y que, a la vuelta, le gustaría ver los mensajes".

De repente llegó otro correo electrónico marcado como urgente. Huntington lo abrió. Procedía de la universidad de Teherán. Los dos leyeron en silencio: "Señor Huntington, usted sabe que el mundo árabe no forma un conjunto homogéneo, aunque sí en lo espiritual. Si ahora se fragmenta, por ejemplo, entre el Magreb y Oriente Próximo, o la zona del Golfo, ¿cómo convivirán civilizaciones que se buscan pero en un marco político de reordenamiento del poder que tiende a separarlas? ¿Cuáles serán las nuevas relaciones que les permitirán entenderse?"

Calvin miró a Huntington con curiosidad. Este masculló en voz baja: "La verdad es que se trata de gente muy inteligente y conocen muy bien lo que pensamos. Quizá mejor que nosotros mismos". "Parece que le sorprende, profesor". "Sí, la verdad es que sí. ¿Dónde han estado hasta ahora? Estos no son los líderes religiosos que hemos conocido en estos países. Además, ¿cómo pueden coordinarse de esta manera y lanzar preguntas de este calado a tanta gente al mismo tiempo y desde lugares tan apartados entre sí? ¿Nos están queriendo plantear algo más que un mero debate intelectual?". Calvin estuvo a punto de decir "Internet tiene estas cosas", pero se guardó el comentario para mejor ocasión.

"Lo que me parece más interesante es que hayan decidido atacar, si me permite el término, justo en Navidad. Aquí están ustedes, los portavoces de un estilo de vida, convertidos en prisioneros de ese

mismo estilo de vida. Internet es la celda y los pensamientos son los guardianes. Pensamientos que ustedes no saben muy bien cómo tratar o cómo responder. ¿No le parece curioso este choque de civilizaciones?". Huntington pasó por alto la ironía, que no esperaba de un agente de la CIA, aunque ya había pensado en ello varias veces, sobre todo cuando tuvo que discutir con casi toda la familia al decirles que todavía tenía trabajo y no podría salir con ellos a hacer las compras navideñas.

Como si le adivinara el pensamiento, Calvin le dijo que, si le servía de consuelo, la cúpula del Departamento de Defensa, desde Rumsfeld hasta Paul Wolfowitz, pasando por algunos de sus asesores, estaban en la misma situación. "Y, además, informando a la Casa Blanca de cada nuevo mensaje que recibe usted y los otros profesores. O sea, que allí también hay gente sin vacaciones". Era evidente que a Calvin le divertía la situación, aunque trataba de mantener la seriedad por si el asunto se escapaba de las manos. Algunos de sus jefes consideraban que podría ser un aviso cifrado de un ataque y habían clasificado el caso como alta prioridad y estrictamente confidencial. En la casa de cada uno de los receptores de los mensajes había un agente de la CIA y una patrulla policial en los alrededores.

Mientras el profesor comenzaba a redactar una respuesta al último mensaje, Calvin recibió una llamada por el móvil. Se fue a la habitación contigua desde donde se escuchaba el murmullo de su conversación. Cuando regresó miró fijamente al profesor, quien aguardó expectante. "¿Cómo sabe usted que se trata de seres humanos?".

Huntington esperaba cualquier cosa menos semejante pregunta. "No le entiendo". Calvin miró al ordenador y le preguntó: "¿Conoce usted el enigma de Turing?". Antes de que pudiera responder, el agente le explicó que Alan Turing, uno de los padres de la computación moderna, había formulado hace 50 años el principio por el que se podía decir que una máquina pensaba si el interrogador humano no podía distinguirla de otro humano.

"Señor Huntington, todo apunta a que estamos ante el caso más avanzado de este tipo de máquinas, máquinas que piensan. Al parecer, alguien ha creado un programa alimentado con ideas suyas y de sus propios colegas. La máquina ha elaborado rompecabezas con esas ideas y ha generado las preguntas que, al parecer, ni ustedes mismos habían sido capaces de plantearse. Incluso, según usted me ha confesado, en algunos casos han logrado poner en cuestión las premisas básicas sobre las que se asientan sus propias concepciones, ¿no? Bien, esto es lo que me han dicho que está pasando. Lo cual no elimina la cuestión de fondo: ¿Quién ha hecho esto, gente de "nuestra civilización" o de las "otras civilizaciones"? Ya sé que, para usted, esto no es quizá lo más importante. Pero seguro que será lo único que los jefes querrán saber. Respecto a usted, sólo le puedo decir que espero con mucho interés su próximo libro. Que pase unas buenas fiestas".

23/12/2003

Título: **Luces de Navidad**

No viene día que no venga tarde

Nunca se había vivido con tanta expectativa y anticipación la tradicional ceremonia del encendido de las luces de Navidad. Ese momento mágico que convertía en espacios resplandecientes a las plazas y calles de miles de ciudades en el mundo durante los últimos días del año, era el pistoletazo de salida para la pléyade de ritos que componían el mecanismo interior de la fiesta: las felicitaciones rituales, los centenares de millones de bienintencionados mensajes mediante postales, correos electrónicos, anuncios o calendarios, los regalos útiles e inútiles, sorprendentes o (los más) repetitivos, la ilusión de la alegría infantil a fecha fija, la gastronomía sin freno posible, la reverencial mirada a las tarjetas de crédito y la vigilancia de soslayo de la cuenta bancaria. Este año 2003, sin embargo, las luces de Navidad prometían algo más que la felicidad con fecha de caducidad.

Los medios de comunicación habían bautizado en esta ocasión al tradicional encendido de las luces navideñas como el "doble big bang". Efectivamente, el alcalde de la ciudad tendría a su disposición dos interruptores. Uno produciría el "big bang" conocido: guirnaldas y figuras de todo tipo se convertirían en un bosque iluminado cuyo fulgor inundaría calles y edificios. El segundo interruptor encendería las "luces del tiempo" que, por primera vez, se usarían públicamente en la fiesta más popular del mundo occidental. La diferencia entre ambas ceremonias era notable. La primera sólo requería, como siempre, los miles de espectadores dispuestos a decir "iooooooh!"

en el momento adecuado. En la segunda, sin embargo, además del gentío que ya se agolpaba alrededor de las cabinas donde se encenderían las "luces del tiempo", los ciudadanos que iban a recibirlas como si fuera el agua de un rito iniciático hacían cola. Ellos, y las luces navideñas, eran los grandes protagonistas de la noche.

Los periodistas, cámara en ristre y armados de micrófonos, no cesaban de entrevistar a unos y otros, a espectadores y actores.

- Qué, ¿usted no se atreve?

- No sé, es que... a mí me gustan las Navidades, aunque reconozco que a veces me dan ganas de irme a otro planeta. Quizá el año que viene lo pruebe.

- A usted lo noto más que nada indeciso...

- Yo voy a esperar a ver qué pasa. Si todo sale bien, entonces lo probaré para el siguiente Forum de las Culturas. Para hacerlo en Navidades siempre hay tiempo.

- Y usted, ¿va sólo o con la familia?

- No, no, solo, solo. La familia dice que se lo pasa muy bien estos días y prefieren esperarme. Lo voy a probar yo primero y, si todo marcha como prometen, pues me sacaré un abono por el resto de las navidades que me queden.

- ¡Doctora Hau, doctora Hau, por favor, díganos que siente en estos momentos! ¿Le sorprende lo rápido que sus ideas se han convertido en realidad? ¿Es este su mejor regalo de Navidad?

- Bueno, como ya he dicho tantas veces estos días, nunca imaginamos que llegaríamos a este momento tan rápidamente. Ahora suenan más proféticas que nunca las palabras del malogrado Phil Hemmer, del Laboratorio de Investigación de la Fuerza Aérea de EEUU en Hanscom, cuando en el

2001 nos dijo: "**Ahora que han mostrado que es posible, el siguiente paso es llevarlo a la práctica**". Y, por más increíble que parezca, aquí están las "luces del tiempo", en el lugar que les corresponde para su gran estreno: iluminando las navidades.

Lene Hau conmovió el mundo de la ciencia en 1999 cuando anunció que había conseguido rebajar la velocidad de la luz a unos pocos metros por segundo. Dos años después, el mundo recibía atónito una noticia que devolvía una mirada sorprendida hacia Einstein: Mijail Lukin conseguía detener completamente un pulso de luz roja sin perder ninguno de sus fotones. La luz, que viaja en el vacío a 300.000 kilómetros por segundo, y a un poco menos en medios más densos, había reducido su velocidad a cero en un preparado especial de átomos de diferentes gases, como sodio o rubidio. Poco tiempo después, el experimento ascendió un peldaño más mediante un interruptor químico que permitía que la luz "reanudara" su camino a saltos controlados hasta alcanzar su velocidad "normal" de crucero.

En poco tiempo, Hemmer y su equipo, junto con investigadores de otros centros científicos, comenzaron a diseñar prototipos donde se pudiera detener la luz, detener el tiempo y provocar, entre otras posibilidades, saltos en el tiempo cabalgando la luz. Las primeras cabinas experimentales comenzaron a funcionar en el 2009. Rápidamente se pasó del laboratorio a los ensayos de campo con animales. En el 2000, miembros del equipo Harvard-Smithsonian, que venían aplicando la detención de la luz al diseño de ordenadores cuánticos superrápidos, se convirtieron en los primeros humanos en probar

los saltos del tiempo a lomos de haces de luz.

Un año después, dos compañías de EEUU comenzaron a fabricar las primeras cabinas en serie aunque, en realidad, cada una debía llevar de fábrica la especificación de su objetivo. No se trataba de una máquina del tiempo "a la Wells" con mandos y palancas para escoger dirección y época del viaje. La "luz del tiempo" requería de una compleja combinación de rayos láser y medios químicos para, primero, detener la luz y, después, ponerla de nuevo en el lugar exacto de coincidencia entre el tiempo y el espacio deseado. Ambas compañías decidieron hacer un estudio de mercado, uno de los más extensos jamás emprendidos y con el mayor índice de participación que se había conocido hasta entonces. Internet fue esencial para asegurarse una cobertura mundial. La pregunta era directa y sencilla: "Si usted pudiera cabalgar la luz del tiempo, ¿hacia donde saltaría?".

La respuesta abrumadoramente mayoritaria desde todas las esquinas del planeta fue clara y estentórea: "Me saltaría las Navidades". Un deseo tan masivo provocó una profunda y traumática conmoción cultural. Científicos sociales, expertos de todo tipo, filósofos e intelectuales, columnistas, charlatanes, todo el mundo se abocó a dilucidar mediante una amplísima batería de argumentos y estadísticas las razones de esta espantada sincrónica. Que si el paro, que si el aburrimiento, que si la disgregación familiar, que si el consumo compulsivo... Todavía siguen apareciendo libros y documentales dedicados a encontrar la quinta pata del gato que explique lo que se dio en llamar "el gran éxodo navideño".

Y aquí estamos ahora, a punto de que el alcalde encienda las "luces del tiempo", las luces navideñas que permitirán a unos cuantos seres humanos eludir las Navidades, saltárselas cabalgando sobre haces lumínicos que se detendrán completamente para después reanudar su camino hasta depositarlos, sanos y salvos, en otro tiempo de sus vidas, sin "felices fiestas y próspero año nuevo" en el horizonte inmediato.

A las 12 en punto de este 23 de diciembre de 2003, el alcalde tocó el botón. Un bellissimo fogonazo azul inundó en interior de las cabinas. Las siluetas humanas quedaron recortadas sobre un fondo de haces rojos, los cuales fueron derivando hacia un violáceo cada vez más opaco hasta fundirse en un negro azabache. Todo sucedió en un suspiro, sin estruendo ni fanfarria. Las cabinas de las "luces del tiempo" volvieron a iluminarse, ahora por los adornos navideños que se arracimaban en su contorno.

La ceremonia había acabado. Las Navidades habían empezado. Ahora sólo quedaba cumplir con todos los ritos y aguardar a que los jinetes de la luz regresaran allá por la primera semana de enero. En el aire flotaba una extraña sensación, un interrogante irresoluble: ¿cuál era el mejor de estos dos mundos que acababan de inaugurarse, uno con fiestas navideñas repletas de luces y tradiciones inefugables, u otro tan sólo ocupado por el galope de una luz quieta? Ante la duda, vamos a comprar lo que nos falta para la cena. Y el año que viene desaparecemos, ¿eh?

Adenda.

Lo bueno de ciertas investigaciones de cosas perdidas y halladas casi por casualidad es que prosiguen y prosiguen, como si la víctima "siguiera viva" y uno fuera un Holmes las 24 horas del día. Descubrir al autor, o autores, de estos cuentos goza -o sufre- de esta naturaleza. Solo se puede cantar victoria cuando se alcanza el objetivo, descubrir al culpable. Lo contrario supone conceder una derrota hermética, sin visos de solución y, casi lo peor, sin público. , aunque se le añada todo el colorido posible a la indagación. Para los demás, el esfuerzo se reduce a ese piropo minimalista: "qué bonito te ha quedado". Para uno mismo, no pasa de un moncorde run-run interior: "Menuda pérdida de tiempo, menuda tontería".

En este caso, todo apuntaba a lo último, si excluir esa inquietud típica del naufrago: "¿Qué hago aquí buscando a quien no conozco y quizá ni siquiera me interesa conocer? Ya leí los cuentos, tengo unos cuantos, a otra cosa mariposa". Algunos amigos a quienes les había regalado estas historias sin esta adenda, me declararon su amor perplejo: "Oye, qué interesantes son, aunque no he entendido muy bien cómo se hacen esas cosas que mencionas". Que no, que yo no las menciono, que es el autor.

Pues bien, después de haber transitado bastantes callejones virtuales en ciudades y países todavía por construir, he dado con el autor. Sí, uno solo, aunque rodeado de gente que, según él, le ayudó a escribir estas historias sin que ellos lo supieran (siempre sucede así, pero vamos a concedérselo como si se tratara de algo excepcional).

Los Cuentos de Navidad se gestaron en la bisagra del siglo pasado y del actual. El autor fundó una revista online que dirigió precisamente durante 8 años y medio. Cada Navidad trasladaba los bártulos de la reflexión y el análisis de lo que sucedía en Internet, lo cual constituía el contenido primordial de lo que se publicaba en la revista, a ese territorio movedido donde no estaba muy claro qué estaba sucediendo, o que podría suceder, si el tejido invisible de la virtualidad seguía copando espacios vitales de la cotidianidad. En ese viaje, que por sus características algunos lo piropearon como de ciencia-ficción, se cocieron también algunos de los objetivos de su empresa. Asegura que todavía es temprano para evaluar el alcance de los resultados obtenidos a pesar del tiempo transcurrido. Algo de eso se trasluce en el remate anual de cada Navidad mediante estos cuentos publicados en la revista online, desde su fundación en 1996 hasta su cierre en 2004.

La revista: **en.red.ando.**

La empresa: **Enredando.com.**

El artífice de este barullo: **Luis Angel Fernández Hermana (LAFH).**

Que usted lo disfrute.